

## RESENHA / *RESEÑA* / *REVIEW*

### Dios en el Nuevo Mundo

*Deus no Novo Mundo*

*God in the New World*

#### RESENHA DE:

**LYNCH, John. *Dios en el Nuevo Mundo: una historia religiosa de América Latina*. Barcelona: Crítica, 2012. 540 p.**

---

Si alguien tiene credenciales para escribir un verdadero manual de historia de casi cualquier tema relacionado con América Latina es sin duda John Lynch, cuya obra no requiere de mayores presentaciones. Hispanista de larga y prolífica trayectoria, es un referente ineludible entre los historiadores del mundo anglosajón, especialmente con sus trabajos sobre los siglos XVIII y XIX, sus biografías consideradas hoy definitivas, de Bolívar, San Martín, y Rosas, y su dirección de los volúmenes de Historia de España publicados por Cambridge University Press. Su primera incursión en historia de la iglesia católica en América Latina la realizó en la colección que dirigió Leslie Bethell en los años XXX, iniciando ahí una trayectoria que culmina en este volumen.

El autor se propuso, con este libro, “concentrarse... en la historia religiosa y el desarrollo histórico” (p. 11) en un momento imposible más oportuno. En los últimos años la religión ha emergido con fuerza como problema intelectual y político a raíz de las profundas grietas que ha provocado en la relación entre culturas, y por la crisis institucional que enfrentan varias iglesias. Por otra parte, la globalización, el auge de los fundamentalismos, la proclamación del “fin de la historia”, el multiculturalismo, el discurso de la postmodernidad, son solo algunos de los estímulos que han desencadenado una creciente reflexión sobre el rol de la religión en la cultura y en la esfera pública. Lo que Lynch aún no podía saber cuando escribió el libro, la elección de un Papa latinoamericano, ha

llamado la atención sobre el continente con mayor proporción de católicos del mundo, al cual el autor dedica su investigación.

La travesía de la religión católica desde el Viejo Mundo junto con las carabelas de Colón es un hito en lo que la historiografía anglosajona ha llamado la historia atlántica, para designar la interacción entre el occidente europeo y el mundo americano como escenario integrado, cuyas interrelaciones y vínculos, sumadas al peregrinaje de personas e ideas, deben estudiarse en conjunto. Que el libro abra con el rechazo a la noción de “conquista espiritual” del Nuevo Mundo es una afirmación que anticipa lo que será la tónica del libro, en su intento de hacer aparecer no solo la polaridad conquistador-conquistado que se dio a nivel político para lo cual obviamente se usó la religión, sino también a los misioneros y su intento por inculturar el Evangelio de manera pacífica y dialogante, como lo demostraron las misiones jesuitas que se esparcieron por el río Paraná. De la relación entre la religión y el imperio español, el autor desencadena su relato llamando la atención hacia la pervivencia del sincretismo religioso y los ritos afro e indoamericanos. Sin caer en los excesos de la leyenda negra de la conquista y la evangelización, Lynch recalca las contradicciones y paradojas de un proyecto evangelizador asociado a un poder orientado hacia la dominación y subordinación de las poblaciones autóctonas.

El libro es un largo recorrido, en 12 capítulos, desde la Conquista hasta nuestros días, por lo que ha sido la presencia de la iglesia y la religión católica en América Latina. El enorme auge de otras denominaciones cristianas recibe también el tratamiento que merece, otorgando así al libro el verdadero carácter de historia religiosa. El texto se desarrolla justamente en un tono que permite que a lo largo de todo el período aparezca no solamente la iglesia sino también la misma religión en diálogo permanente con el contexto político e ideológico en que se desenvuelven sus fieles, intentando también abordar las diferencias en la devoción y adhesión religiosa de los distintos sectores sociales, en los diferentes países. El libro tiene un enfoque cronológico que abarca el período colonial, de la independencia y siglo XIX hasta las dictaduras latinoamericanas y las revoluciones. Por otra parte, tiene un enfoque temático que incluye la relación entre la religión y las ideas de la Ilustración, el liberalismo, el protestantismo, el catolicismo social, la democracia cristiana, el populismo, y el marxismo. También recorre los movimientos intraeclesiales, como el milenarismo, la teología de la liberación, los Concilios Vaticano I y II, hasta la Conferencia de Medellín. Todo ello marcando acertadamente las diferencias entre los contextos políticos y culturales que enfrenta la religión. Obviamente, México y Brasil reciben

una atención especial debido a sus particulares formas de religiosidad y de relaciones entre Estado e Iglesia. Brasil habría sido, según Lynch, donde la iglesia tuvo una experiencia más traumática por la forma que adoptó su independencia bajo un régimen monárquico, impidiendo así la Iglesia se autonomizara frente al Estado. La misma falta de libertad eclesiástica por su dependencia del poder político facilitó, por otra parte, lo que llama “sacerdotes políticos” (p. 211) que eran verdaderos funcionarios públicos y, como tales, no asumieron una postura definida anti-esclavista, con excepción de los benedictinos pocas décadas antes de la declaración de la ley de “libertad de vientres” en 1871.

El siglo XIX es el que más ofrece particularidades en los distintos territorios por los desafíos que debió enfrentar el catolicismo desde el protestantismo, el positivismo y el liberalismo. En esos capítulos es cuando puede observarse una mayor diferenciación entre países, justamente porque los distintos Estados, en su proceso de consolidación, enfrentaron de diversa forma la simultaneidad entre la romanización de la Iglesia Católica y la liberalización del Estado secular. Como bien anota el autor, el anticlericalismo surgió con mayor virulencia ahí donde la Iglesia católica era fuerte y disponía de más recursos. Ello sin duda tuvo relación también con la fortaleza política del conservadurismo en el cual la iglesia buscó y encontró un aliado en la común preocupación por el orden social. Lynch afirma que “la filosofía política conservadora no era religiosa en su esencia y su relación con la fe era interesada e ideológica” (p. 179). No queda claro qué entiende por filosofía política conservadora, si al menos en el contexto latinoamericano, el conservadurismo, a diferencia del tradicionalismo, fue más bien una postura de cautela frente al cambio que una filosofía o ideología. Numerosos testimonios de adhesión ideológica o filosófica al liberalismo con posturas políticas conservadoras lo confirman, siendo los escritos de Andrés Bello un buen ejemplo de un liberal que defiende prácticas políticas conservadoras.

Es interesante como el autor conceptualiza el proceso de adaptación de la iglesia católica a la modernidad política y social. Dice que entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, debió enfrentar el tránsito desde apelar al poder hacia apelar a las conciencias, dando a entender el proceso de privatización de la religión. También reconoce que debió competir con otras filosofías en una sociedad que califica de pluralista, aunque nos parece que las sociedades latinoamericanas distaban mucho de esa condición en momentos en que aún las elites y oligarquías disputaban el poder sin mayores concesiones a una ciudadanía moderna. Efectivamente, la separación constitucional entre Estado e Iglesia que se produjo en las

primeras décadas del XX en la mayoría de los países culminaba el proceso de alejamiento de la institucionalidad católica de lo público estatal. No obstante, me parece que podría cuestionarse si ello implicó, al menos en algunos países, una privatización de la religión. De hecho, el capítulo sobre las dictaduras latinoamericanas (analiza entre 1930 y los años 70 en Brasil, Argentina y Chile) y el peronismo argentino es una demostración de la presencia, ambivalente, muy dependiente de la postura individual de ciertos obispos, pero de mucha influencia, que ha mantenido la iglesia católica en la esfera pública de lo político, como lo define, por ejemplo, Pierre Rosanvallon, permitiendo visibilizar la presencia eclesíástica y su poder de presión como un acto público porque social y cultural.

El caso chileno es interesante como reflejo de lo anterior. A la división decimonónica entre conservadores y liberales le siguió durante el siglo XX un tercer eje, producto de la doctrina social cristiana que tuvo en los años 50 su correlato político en la formación del Partido Demócrata Cristiano, el cual, a su vez en los años 60 y 70 sufrió dos escisiones debido a diversas interpretaciones tanto del Concilio Vaticano II y de la Teología de la Liberación como del rol del Estado y los católicos ante la reforma agraria en concreto y la pobreza en general. El obispo de Talca, Manuel Larraín, pionero en entregar sus tierras familiares a la reforma agraria fue una demostración de un cisma político pero también al interior de la misma iglesia por diversas visiones sobre la religión en la esfera pública, lo cual tuvo amplia repercusión entre católicos, y, a través de ellos, fueran conservadores o socialcristianos, en la política. En la misma línea, durante la dictadura de Augusto Pinochet, especialmente el Cardenal Raúl Silva Henríquez tuvo un valiente y decidido liderazgo en la oposición y la denuncia de los atropellos a los derechos humanos. Lynch sostiene que “la historia de este régimen es un testimonio de que los argumentos religiosos a favor de la justicia difícilmente pueden hacer cambiar a un dictador” (p. 369). Efectivamente, no tenemos como comprobar si el régimen militar habría cometido más abusos con una jerarquía eclesíástica más condescendiente. Lo que sí sabemos es del interés de Pinochet en aparecer como católico practicante y en cooptar y apoyar a grupos de católicos tradicionalistas como el Opus Dei y los Legionarios de Cristo cuyos militantes y colegios tuvieron gran desarrollo durante la dictadura. Lo mismo podemos apreciar de Brasil: sabemos que Dom Helder Cámara y el Obispo Arns no fueron indiferentes para los militares por su capacidad de movilización, especialmente el primero, de sectores populares. El caso argentino es obviamente diferente por la unión constitucional entre ambos poderes,

lo cual hacía más difícil la oposición activa de los clérigos, como ha quedado en evidencia luego del debate en torno a la postura política del actual pontífice Francisco I durante la dictadura en ese país.

El libro que reseñamos, tanto por su diversidad temática como cronológica se presta para un debate amplio. Esa es parte de su riqueza pues abre una caja de Pandora hasta ahora relativamente inexplorada, incluso a nivel conceptual, como hemos señalado respecto, por ejemplo, de la definición de esfera pública política cuando hablamos de religión y de iglesias que tienen importante tuición sobre las definiciones políticas de sus feligreses y, en consecuencia, de su participación en la institucionalidad del Estado.

La tarea que emprendió David Lynch fue gigantesca y de una ambición que solo alguien con su experiencia podía acometer. Este es un manual de gran utilidad para la docencia y para el investigador en temas eclesiásticos, religiosos y políticos, por la gran complicidad entre estos temas, especialmente en América Latina. El tamaño del emprendimiento justifica algunos errores de interpretación como los señalados, o de datos, algunos menores, como que, por citar uno, Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas no fue arzobispo de Santiago de Chile (p. 180), y otros. Así mismo, la bibliografía no incluye libros y monografías importantes aparecidas en las últimas décadas. Roberto Di Stefano en Argentina, Elisa Cárdenas en México, Ricardo Krebs, Sol Serrano y quien escribe en Chile indican que una actualización bibliográfica sería necesaria para que el libro cumpliera el propósito de abrir una ventana hacia el estado de la cuestión en el tema. El lector también habría profitado de una contextualización conceptual de la religión en la esfera pública (el título Dios en el Nuevo Mundo lo anticipa) para la cual la obra de J. Casanova, R. Blancarte, J. Butler, J. Habermas, Ch. Taylor, J. Rawls son autores fundamentales. Finalmente, también para una próxima edición, sería interesante mejorar el índice analítico, al cual faltan muchas entradas importantes.

Con todo, este es un manual imprescindible para académicos, estudiantes y también para el público lector, cada vez más atento a un tema que convoca a creyentes y no creyentes.

**Ana María Stuyen**

PhD en Historia. Profesora titular, Instituto de Historia,  
Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora del Programa de Historia  
de las Ideas Políticas, Universidad Diego Portales. <ana.stuyen@udp.cl>.

Submitida em 13/11/2013.

Aprovada em 19/12/2013.